

NARRATIVA DE CORDELIA

Cuando Nos
Maten Mañana



Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2026

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia.es



facebook.com/reinodecordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaoi>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Rafael Marín, 2026

Ilustración de sobrecubiertas: © Raúl Arias, 2026

IBIC: FA | Thema: FBA

ISBN: 979-13-87599-56-0

Depósito legal: M-XXXX-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Cuando Nos Maten Mañana

Rafael Marín



Índice

Prólogo	II
1. Vaticinio	13
2. Nadie	21
3. Tótem	29
4. La Garrocha	37
5. Lola	45
6. La Granja	51
7. La Barraca	59
8. Sicalipsis	69
9. Lobos	77
10. Fabio	85
11. Heridas	93
12. Intruso	103
13. Fantasma	III
14. Marcos	121
15. Policía	127
16. Interrogatorio	135
17. Dos muertos	143
18. Mentiras	151
19. Cuernos	159
20. Arriba	169
21. Soledades	177

22. Destino	187
23. Secretos	195
24. Café	205
25. Retiro	215
26. Perfumo	221
27. Morgue	229
28. Conjeturas	237
29. Camaradas	243
30. Federico	253
Epílogo	261



Anda jaleo, jaleo:
ya se acabó el alboroto
y vamos al tiroteo

FEDERICO INVENTÓ la gloria de su muerte. A las cinco de la tarde. A las cinco en punto de la tarde. Pero no hay gloria en la muerte. Ni en la del maestro Sánchez Mejías, ni en la que le había vaticinado al Amargo, ni siquiera en su propia muerte, desdibujada en aquella cuneta en Vízcar una noche de agosto.

La muerte hace siempre el paseíllo con la vida. La muerte embiste aunque no se agite ante su cara el engaño de una muleta manchada de sangre negra. No se teme a la muerte cuando suenan los clarines ni cuando el tercio de varas da paso a la espada. Todo es ritual. Baile de siglos.

Y sin embargo, como una cogida, la muerte sorprende. Como sorprendió al Amargo cuando le llegó la noticia de la cogida del maestro don Ignacio, con quien tanto había toreado, de quien tanto había aprendido, antes de que a su carrera la cortaran de cuajo no los pitones de aquel Rumboso que lo levantó en el aire cuando lo enganchó por la taleguilla, sino la caída contra el albero y su dureza de pie-

dra, el golpe que le astilló la rótula y lo apartó para siempre de la danza de las banderillas.

La noticia corrió como la pólvora por los bares y las barberías de Triana, y el Amargo sintió de nuevo aquel dolor propio torturándole la ingle, el aire que se le escapó de la garganta, el mundo que se le volvió una nada en la que se retorció desde entonces. El maestro Sánchez Mejías, don Ignacio, empitonado en el muslo como un aprendiz por un astifino manso de nombre Granadino, porque solo como mueren los aprendices son empitonados los maestros, sentado en el estribo allá en Manzanares, donde fue a buscarlo la muerte que al final lo encontró en Madrid, dos días más tarde.

No, no fue a las cinco de la tarde.

La muerte, sea la hora que sea, siempre asoma el hocico en la madrugada.

I

Vaticinio

FEDERICO ERA MÁS GADITANO o sevillano que granadino. Nunca sabías cuándo hablaba en serio o cuándo trasladaba a la vida cotidiana sus arrebatos líricos. Era un potro que no tenía dueño y que sabía que no tenía iguales, o al menos que sus iguales eran distintos a cómo él veía la poesía y, por tanto, al mundo. Cuando reía, y reía a menudo, era como si una luz blanca se proyectara desde sus ojos y su boca y contagiara a quienes lo acompañaban. Era a la vez nervioso y tranquilo. Y era miedoso, pero le gustaba una broma. Lo sabían quienes fueron sus compañeros en la Residencia de Estudiantes y lo sabía Alberti, que era su compinche y quien, quizá, le había ayudado a cambiar la mala *follá* característica de sus paisanos por la guasa del Puerto y las ciudades que se miran en el mar.

Todos lo admiraban y, lo mismo cuando hablaba que cuando leía, sentían esa extraña sensación de estar viendo un milagro. Sánchez Mejías, cuando no sabía que la inmortalidad lo esperaba en la elegía que ni siquiera se les había pasado por la cabeza a ninguno, dijo una vez que escuchar

a Federico, que tanto influía en su propia obra como escritor, era como asistir al estreno de una cantata de Bach. Nunca había habido ni habría nadie como Federico. Todos lo habían echado de menos cuando viajó a Nueva York, para sentirse solo en medio de un hormiguero de hierro y cieno, según dijo, o cuando se echaba a los caminos con la compañía que había fundado, La Barraca, dejando a los demás poetas e intelectuales de Madrid perdidos a la espera de su regreso.

Pero, a pesar de aquella alegría contagiosa, a pesar de la magia que destilaban sus versos, Federico, por educación, o por observación, o quizás por miedo, actuaba a veces como si hubiera visto los negros colmillos del futuro. Sí, Federico era miedoso: allí donde Alberti había jugado a hacer el paseíllo con la cuadrilla del maestro Sánchez Mejías, Federico había visto sabiamente los toros desde la barrera; el propio Alberti, cuando vio el tamaño de las astas del morlaco, no se separó de las tablas, pero ninguno de los profesionales de la lidia se lo echó en cara: el Amargo plantó los dos pares de banderillas y lo acompañó luego, para explicarle por qué el maestro daba aquí un pase de pecho o entraba a matar por la suerte contraria.

A Federico le interesaba todo aquello que tuviera sonidos negros. Más allá del flamenco, como habían descrito a aquella música que pertenecía a los gitanos y que, como el cristianismo arrebatado por San Pablo a los judíos, aquella veintena de muchachos de posibles se habían empeñado en trasladarlo a todo tipo de públicos. La lluvia tenía sonidos negros. El hambre tenía sonidos negros. El dolor también. Menos la muerte: la muerte era un silencio a gritos.

Federico había aprendido de los gitanos los sones y la mirada al mundo. Al compás del martinete y las palmas había tejido su romancero propio. Y, junto a la música, la metafísica. Junto al hambre y la alegría dentro de la miseria, el respeto a lo desconocido. De los gitanos había aprendido que había puertas a las que era mejor no llamar, ventanas a las que no era aconsejable asomarse.

Pero Federico era más curioso que asustadizo, y se asomaba de continuo, y luego sufría por las cosas que el futuro le decía, los misterios que le nublaban los ojos y le hacían llorar lágrimas amarillas, como de azufre líquido. De los gitanos había aprendido a leer las brasas, a mirar los posos del té o de la achicoria, a seguir los caminos de las palmas de las manos y a barajar las cartas donde estaba escrita la fortuna o la desgracia.

En aquel café, hacía ya tres años, antes de la cogida que rompió al Amargo, Federico se encasquetó una servilleta en la cabeza, como si fuera un faraón egipcio con pajarita roja y mirada de andaluz bueno, y leyó las cartas a quien quiso dejarse. A ti te darán el Nobel algún día, si no me lo dan a mí primero, no te rías. Disfruta del aire de la Isla Negra todo lo que quieras, hermano al alimón, querido Pablo, pero no te vayas a caer por el borde del agua. Y tú, Rafaelillo, mi hermano del corazón, ¿qué harás en Roma, mirando los mapas del cielo, si nunca has venido conmigo a Granada?

Con Federico era difícil saber si hablaba en broma o en serio. Los demás, por si acaso, hacían como que no les afectaban aquellas proyecciones de futuros que no imaginaban. El premio Nobel, o la Roma para caminantes ni siquiera

estaba en los sueños de Aleixandre o de Alberti, y Pablo jamás había oído hablar por entonces de la Isla Negra donde quizá moriría envenenado dentro de muchos años. Federico, de todas formas, cuando dejaba de acariciar las palmas o escrutar los posos o barajar las cartas, parecía no recordar lo que había dicho, una forma de escudarse, tal vez, o una parte de la broma con la que ampliaba el misterio.

—Tú nunca quieres que te diga el futuro, Amargo.

—El futuro es lo mismo para todos, Federico. Una fosa y el olvido.

—Pues entonces, déjame que te lea la mano, que te eche las cartas, que te mire el destino en el té.

—¿Y qué ganamos usted y yo con eso?

—Si el futuro es olvido y foso, no ganamos nada. Pero quizá sea bueno estar en sobre aviso.

—Un torero está en sobre aviso desde que suena el clarín hasta que el presidente retira el pañuelo. Y a veces ni siquiera sirve estarlo. El toro te engancha o no te engancha. Y el corazón, pase lo que pase, vuelve a su sitio.

—A ti no te ha enganchado nunca.

—Ya lo hará. Cuento con eso. Hagamos una cosa: usted me lee la vida si después se la lee a sí mismo.

—Solo si me das permiso para que te escriba un poema.

—¿Puede haber más honor para nadie en este mundo? Aparecer en un poema de García Lorca es la mayor gloria que pueda un hombre disfrutar. Pero ya me han dicho que salgo y no salgo en esa obra que está usted escribiendo, la de la viuda y las hijas enclaustradas.

—Ni que sí ni que no te digo. Extiende la mano.

Con cierta reticencia, el Amargo extendió la mano derecha. Federico negó con la cabeza, sonriendo, y extendió entonces la izquierda. Los dedos de Federico eran finos y fríos, las yemas suaves, como suave era toda la palma, el contraste absoluto con la mano dura y callosa del Amargo, manos de torero labradas antes en el campo y en la vid, manos hechas a sujetar las banderillas y sentir la fuerza del golpe contra los músculos del toro. Los dedos finos acariciaron el trazo de los caminos de la palma, como si fueran gotas de agua que exploraran los recovecos de una llanura. Y entonces Federico se puso muy serio, y su semblante cambió hasta de color, y como siguiendo una indicación para una broma de la que el Amargo era la víctima, rieron Alberti y Emilio Prado.

Pero Federico, algo se lo decía al Amargo en el corazón, no estaba bromeando.

—Pinta una cruz en tu puerta, y pon tu nombre debajo. Y al toro que quiera matarte, átale bien los redaños. Agujas de cal mojadas te morderán los zapatos. Blanca mortaja para tu cara blanca, la calma limpia del alma, no te muevas si te mueres, no te mueras si te cantan.

—Venga, por Dios, Federico, deja de asustarme al mozo.

El sortilegio se rompió, el color volvió a la cara de García Lorca en cuanto abrió los ojos y el Amargo, como si le hubieran pinchado sin hallar sangre, retiró la mano y la ocultó debajo de la mesa. Quien había hablado, claro, era don Ignacio, que se había bajado del coche a saludar a la tertulia de poetas y había dejado esperando, en la puerta, a su bella amante francesa, Marcelle Auclair. La relación entre ambos tenía maravillados al círculo de amigos, porque

Sánchez Mejías, casado con Lola Ortega, hermana del difunto Joselito el Gallo, ya mantenía un romance de años con su amante de toda la vida, Encarnación López Julves, la Argentinita. Cómo podía dividir sus ardores, y sobre todo su tiempo, entre las tres, era un misterio más grande que los futuros extraños que Federico pintaba con palabras.

—Mejor que me mate un toro que un tranvía, don Ignacio.

—Eso es lo que decimos todos los toreros. Estamos para eso. Así que, Federico, por Dios, lee futuros más blancos. Que nos toca la lotería o que a Berenguer le dan una patada en el culo.

—El futuro no lo invento, maestro. Solo lo atisbo. Y no lo entiendo tampoco.

—Ahora le toca a usted, Federico.

El poeta alzó una ceja. El Amargo sonrió.

—Ha visto mi futuro, el que no quiero ver, aunque ojalá se equivoque, y me ha prometido un poema.

—O varios.

—Cuantos quiera. Ahora, léanos su propio futuro.

—Tendré que mirar los posos. No entiendo los rasgos de mi propia mano.

Todos se reunieron alrededor de la mesa. Incluso la francesa se acercó a mirar, como si Federico fuera a leer uno de sus poemas.

Con parsimonia, García Lorca sirvió el té. Se asomó a la taza, la agitó, dejó que los posos se asentaran.

—Nadie quiere ver su muerte, pero ahí está siempre la muerte mirando. Y no hay desvío ni camino al que esconderse. Es un camino el que a la muerte me lleva y no muy

tarde, como a ti, Amargo. Una noche, creo. O está todo oscuro. A mi lado va un maestro de escuela. Y dos banderilleros.

—Pues si soy uno de ellos, Federico, lo mismo nos morimos juntos.

—O no os morís ninguno. ¡Qué pesadez con la muerte! ¡Venga, Federico, deja ese té asqueroso y pide de comer y beber! ¡Trae más vino, Manolito! Y algo de picar, pero que sea de Jabugo. ¡Mademoiselle, Marcelle, siéntate aquí con el poeta, anda! ¿No me has dicho que te interesa su poesía? Dile que te hable de los gitanos, o de Nueva York, que no le gustó ni pizca.

Con el queso, el jamón y el vino, los poetas y el matador de toros olvidaron pronto la profecía, porque nadie cree en el futuro si el futuro no conviene. Pero no la olvidó Federico.

Tampoco la olvidó el Amargo.

Nadie

QUIZÁ OTROS TOREROS sienten cuándo les ha llegado la hora. Y aun así saltan al ruedo para su cita inevitable con la muerte. Otros toreros, pero no los más grandes. No supo que iba a morir Joselito, como no supo que iba a morir por culpa de la faena en el estribo el propio Sánchez Mejías. No hubo vuelo de cuervos ni lágrimas de color violeta en el cielo, como habría descrito el suceso Federico. No notó nada distinto el Amargo cuando Rumboso salió del chiquero, cuando se plantó desafiante en la plaza y media Maestranza admiró y temió a la vez lo afilado de sus cuernos. Nadie imaginó que lo acompañaba el mal fario.

Lo recibió el maestro Ignacio con el capote, casi a porta gayola. Y el morlaco embistió. Sus bramidos resonaban hasta el Guadalquivir cercano. Una navarra, los pies bien firmes en el suelo. Luego, un galleo. El toro obedecía, protestando, sin saber que acabaría sometido y sumiso. Y después, la suerte de varas, el trote lento de los caballos ciegos, la garrocha hundida hasta rozar el corazón de la fiera, el surtidor rojo de sangre caliente que llenaba los rincones inexistentes

de la plaza con su olor inconfundible, tan parecido al olor de la sangre humana derramada a borbotones.

Y después de ese castigo, le tocó el turno al Amargo. No sintió premonición alguna. No recordó la broma, si fue broma, que meses antes le había gastado Federico García Lorca. La poesía se olvida cuando te juegas la vida. Tienes en cuenta la muerte, pero la ignoras o no sales adelante, como ignora la muerte el soldado que dispara a ciegas entre el humo de las escopetas y los gritos de la morería, o así lo contaban aquellos viejos veteranos que habían sufrido la vergüenza en el Barranco del Lobo, contra los súbditos de España que no querían serlo.

Las banderillas sujetas entre los dedos, como dos pinzas de tender la ropa, y el Amargo inició su baile, ese que era tan parecido al de sus primos gitanos. Un pie adelante, la cadera a un lado, después al otro, el engaño de los arpones curvos adornados con guirnaldas de colores, y la breve carrera hacia el monstruo, el salto, la puñalada, el quiebro.

Pero no hubo quiebro. El toro, que hasta entonces había avisado por la derecha, atacó por la izquierda y embistió al Amargo. La primera vez que lo cogían. También la última. El asta se le coló por el muslo hacia la ingle, rozando la femoral y evitando por puro milagro que muriera allí mismo desangrado.

El Amargo era delgado y flexible, más bailarín que gimnasta, y Rumboso no tuvo dificultad ninguna en menear el cuello y alzarlo en vilo, para escupirlo al aire con desprecio.

Voló el Amargo, chorreando vida, la herida ardiente de su ingle dibujando en el cielo bolas de sangre y fuego. Y

al caer, como un muñeco, olvidado ya por el animal que acudía al engaño de los demás subalternos, confundido en el abaniqueo de los capotes, se estampó el muchacho contra el albero, un golpe seco, primero en el cuello, y luego la rodilla herida ya, torcida en la agonía del pitón intruso en su cuerpo. Y se quebró el hueso como se podría haber quebrado allí mismo su vida.

Luego fue todo gritos y carreras, sudor frío que le corría por la cara, los ojos que escocían por las lágrimas del coraje o la vergüenza. Y el olor a formol, a medicina, la enfermería de la plaza, la prisa de los médicos. Y la luz que le llenó la visión. Y el olvido blanco. Luego, el silencio.

El silencio, que marca sin sonido el compás del tiempo.

Un torero no puede vivir de la gloria pasada como no puede tampoco vivir de la lástima. El redondel es la vida y la vida se agota cuando el tiempo se acaba. No se puede componer lo que está roto, sea la edad, sea una rodilla.

Meses más tarde, ahora, cuando el Amargo andaba lo hacía ya sin que se le notara la cojera. El dolor iba por dentro, un barómetro que pulsaba en los huesos con el canto del viento o el gemido de la lluvia. Pero andaba recto, soportando entonces los pinchazos que recordaban aquel pinchazo que le marcó la ingle un poco más arriba de la rótula astillada. El Amargo caminaba, pero no podía bailar. Y si un banderillero no baila, no puede enfrentarse a eso que los intelectuales llamaban la metáfora de la vida.

Sánchez Mejías al principio quiso hacer de él su secretario. Es decir, no para llevarle los papeles, porque el Amargo de esas cosas no entendía, sino para que le ayudara en otros asuntos cotidianos. Esperó en el Hispano-Suiza allá

en Cádiz, junto a La Caleta, a la puerta del castillo de Santa Catalina, a que liberaran al amigo del matador, aquel militar díscolo que no temió alzar su voz y amenazar con sus pistolas el futuro de la República, el teniente general Sanjurjo. Luego, con la mirada fija en la carretera, procurando no escuchar lo que hablaban, los condujo a ambos a Gibraltar. Solo regresaron a España el maestro y él. La historia se forma con pequeñas gotas de cieno y a veces no son capaces de interpretarla quienes son sin quererlo sus testigos.

Pero era demasiado doloroso estar tan cerca del mundo del toro ahora que no podía acercarse al toro, ahora que el baile de las banderillas le estaba prohibido. Y, aceptando a regañadientes los diez duros que le dio Sánchez Mejías como despedida, diciendo que siempre lo esperaría y que estaba allí para lo que hiciera falta, el Amargo se separó de aquella vocación por la que había renunciado a todo y que, a la postre, le había dado la espalda. No volvió a ver a don Ignacio. Sabía de él por sus anuncios de retirada, sus libros, su vuelta al ruedo. Y su muerte a deshora, como mueren a deshora todos los toreros.

En Triana el consuelo fue el vino y las gitanas, los saraos de guitarra y soleares, la soledad cada noche, en cuartos que se parecían unos a otros, cuartos que eran iguales al cuarto que en Madrid, mientras intentaba conciliar el sueño, le hacía recordar no la cogida, sino el recuerdo inventado de la cogida, el hilo que le cosió la ingle, el bisturí que le enmendó como pudo la rodilla, y las largas semanas de recuperación.

Los diez duros se gastaron y el Amargo se buscó como pudo la vida. Empujando una carretilla, repartiendo botas

de vino, indicando a los señoritos dónde se comía mejor o qué muchachas de cuerpo oscuro conocían mejor los secretos de la madrugada. Ya no lo señalaban por las calles: su fama en los alberos, a pesar de que la Maestranza estaba a dos pasos, en la otra orilla del río, se había apagado. Mejor así. Quienes sabían quién era y lo identificaban lo miraban con el brillo de la lástima en la mirada. El Amargo estaba vivo, pero era como si estuviera muerto. Quizás lo estaba.

El caos de las calles se reproducía también en Sevilla. Qué polvorín, qué desencuentro, qué lástima de España que no sabía ponerse de acuerdo consigo misma. Al descontento de unos y otros, la necesidad de la mayoría. No tardaron en buscarlo, en proponerle un atraco, en decirle que al menos durante un par de semanas tendría pan que llevarse a la boca. Y lo tuvo, pues fue un trabajo fácil. O eso se dijo, olvidando el miedo desconocido que nunca antes había sentido en las plazas.

Al tercer o cuarto atraco, envalentonado por el vino de Chiclana que le quemaba en la barriga como le había quemado antes en la garganta, fueron descubiertos por un vigilante. Sonó el silbato, echaron a correr todos. El Amargo renqueó, apoyó de mala manera la pierna remendada. Ninguno de sus compinches se entretuvo en ayudarlo a incorporarse. Y entonces la porra de cuero y hierro del vigilante se le estampó en la cabeza cuando el hombre le dio alcance.

Se revolvió en el suelo, el Amargo, sin ver nada. Por instinto, como el toro que lo había embestido, buscó el puñal. Disparó el brazo a ciegas. Un bramido, pero no suyo, y el golpe de la porra en el suelo. Esa noche descubrió el Amargo que era más fácil matar a un hombre que matar a

un toro, aunque no llegó a saber si la navaja de cachas de plata que se había manchado de sangre había reventado la vida del vigilante. Había reaccionado sin pensar, porque la vida de otro hombre nada importaba. Lo dejó allí gimiendo. Escapó a la noche.

Y ya no tuvo más miedo.

Hay diferencias entre una cuadrilla de toreros y una banda de ladrones. El amor y el respeto al toro se amplían por el respeto y el amor al maestro, y todos trabajan para lo mismo: no hay lugar para rencillas dentro de una hermandad que se protege antes, durante y después de la lidia. Pero quienes viven al margen de la ley, por oposición política, como se engañaban algunos, o porque su mundo era ese desde siempre y nunca cambiaría, a veces no respetaban a sus propios compañeros de correrías. Lo aprendería el Amargo aquella misma noche, cuando llegó renqueando, la mano manchada de sangre ajena, a la tasca donde el resto de los compañeros ahogaban el susto en vino y morcilla.

El Amargo se acercó a la mesa, se sentó a horcajadas en una silla, cogió una copa de manzanilla y se refrescó la garganta.

—Quiero mi parte.

Y los otros lo miraron como si no supieran de qué hablaba. Como si lo dieran por muerto. O consideraran que había cantado y en la puerta esperaba la policía y un retén de guardias civiles. Lo notó el Amargo cuando todos miraron con recelo hacia la calle.

—No me han seguido. A menos que vuelen los fantasmas.

Y clavó la navaja en la mesa, entre el plato de morcilla y la botella de vino. Torero siempre, incluso un ladrón, por primerizo que sea, tiene que aprender a hacerse respetar. Y los otros tres repartieron el botín, que tampoco era gran cosa, y propusieron un brindis.

El Amargo se levantó sin aceptar el brindis, desclavó la navaja y salió por la puerta. Fue por libre a partir de ese momento. Si no podía confiar en sus compinches, le daba lo mismo no tener a nadie. No ser nadie.

Nadie.

Como un toro herido y desafiante en el horno de la plaza.

3

Tótem

DON GENARO DEL VALLE era, como son todos los médicos para quienes los miran desde abajo, una eminencia. O al menos era rico, que viene a ser casi lo mismo. Tenía su consulta privada en uno de los barrios más acomodados de Sevilla, cultivaba la amistad de matadores de toros, futbolistas, jugadores de polo, cofrades, gente de su misma clase y esos militares que nunca sabías si te iban a defender de un enemigo extranjero o te iban a apuntar con sus pistolas. A su bisturí le debía el Amargo la cicatriz que le había costurado la ingle y esa otra que aún dolía los días de poniente pero le había puesto la rótula en su sitio. Ignacio Sánchez Mejías, que naturalmente era amigo del alma de don Genaro, había pagado la operación y el tiempo de recuperación y reposo. Pero a Sánchez Mejías el Amargo ya no podía devolverle ningún favor. A don Genaro, sí. Estaba en deuda con él de por vida. Y las deudas se pagan porque el honor es la única moneda que no se devalúa.

La enfermera que atendía la consulta era madura y desabrida, temerosa de que una turba de temporeros le asal-

tara el despacho el día menos pensado, porque la gente ya había perdido toda paciencia. O don Genaro tenía más de una a su servicio o había despedido a aquella rubia bonita que sonreía y su sonrisa tenía mejor efecto que el éter sobre los nervios. Preguntó el Amargo por don Genaro, la enfermera le dijo si tenía cita, respondió el banderillero que lo había mandado llamar y entonces ella borró el ceño fruncido de la cara, como si supiera cosas que el Amargo no sabía, y se levantó de su puesto y entró sin hacer ruido por una puerta blanca por la que no podía pasar nadie. Las otras tres personas que esperaban en la consulta miraron al Amargo con esa desconfianza que indica que no estaban dispuestos a dejar que se saltara la cola. Pero se la saltó, porque la enfermera salió al minuto.

—Tenga la bondad de pasar —dijo, y el Amargo captó que aquí no había llegado todavía el tuteo de la República.

Don Genaro del Valle era un hombre grueso y casi calvo ya, con una nariz respingona sobre la que hacían equilibrio sus gafas de alambre. Vestía un terno marrón oscuro que contradecía, para ser un médico, la pajarita azul que le ahorcaba el cuello. Tenía unas manos grandes, era lo más sorprendente en él, dada su maestría con los bisturíes y las suturas. Toda la cuadrilla, cuando visitó al Amargo en su convalecencia, hizo la broma de qué suerte había tenido de que la especialidad del médico no fueran los tactos rectales. El Amargo no sonrió ni siquiera la primera vez que escuchó el comentario. Ahora, viendo la mano que estrechaba la suya, quizá le hizo gracia.

—Amargo, muchacho, cuánto me alegro de verte. ¿Cómo va esa pierna?

—No me quejo, don Genaro.

—Una cosa es no quejarte, que los toreros sois así, de hierro forjado, y otra que no te duela.

—No me duele.

—Estás más delgado.

—Pues no paso hambre.

—Ven, vayamos a mi despacho. El olor a medicina de la consulta puede distraernos, aunque a mí no me afecte. No puedo fumar aquí, ya sabes. No estaría bien decirle a un paciente que deje el tabaco mientras yo me meto un Romeo y Julieta en el pecho.

—Haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago.

—Exactamente.

Don Genaro abrió una puerta, se encaminó por un largo pasillo hasta otra puerta que hacía la función de cortafuegos y, seguido del Amargo, que no sabía que la vivienda y la consulta estaban anexas, entró en un saloncito lleno de imágenes del Cristo del Gran Poder, el Cachorro, la Macarena y el Santísimo Cristo de la Expiración, fotos y témperas, aunque en una vitrina pudo identificar una corona de espinas que tenía visos de ser auténtica, rescatada *in extremis* antes de algún saqueo. Había también un par de carteles taurinos: en óleo original, no reproducciones en papel tela, y algunas fotos de don Genaro posando junto a Miguel Primo de Rivera, Juan Negrín, los tres hermanos Gallo (Rafael, Fernando y Joselito), Jacinto Benavente, Miguel de Molina, Imperio Argentina y Manuel Machado. La foto en la que posaba con el maestro, es decir, con Sánchez Mejías, estaba dedicada. El Amargo recordaba aquel momento, un mes antes de la cogida que lo apartó de ese mundo. En aquella

corrida Juan Belmonte se cortó la coleta. Todos esperaban que el día menos pensado regresara.

Sobre el escritorio, junto a la pluma estilográfica y el papel secante había una foto en un marco de plata con el retrato de una mujer vestida de gitana, el mentón al aire, los ojos lánguidos, casi como una estrella americana de cine (era rubia), muy hermosa.

—Mi mujer, Consuelo —explicó don Genaro innecesariamente, pues el Amargo sabía bien quién era—. Catorce años ya, desde que se la llevaron las fiebres. En el último repunte del trancazo, cuando ya creíamos que podríamos librarnos. Maldita gripe, maldita guerra...

—También se llevó a mucha de mi gente.

—A todos nos ha de llegar la hora, hijo. Lo malo es que sea cuando eres aún joven y tienes toda la vida por delante. Pero, ea, dejémonos de mirar atrás, que lo que ya está hecho no se cambia, *manque* duela. Un día tendrás que darme una foto tuya para enmarcarla y colocarla en la pared. No te preocupes, ya haré hueco.

—¿Una foto mía, don Genaro?

—Claro. Eres famoso, ¿no? No todo el mundo tiene la suerte de que García Lorca lo saque en un poema.

—Maldita la gracia que me hace, don Genaro. Estoy por pedir que me tiren al mar, cuando me toque.

—Ya que lo dices, es verdad. Escribe muy bonito, el granadino, con ecos del mundo flamenco, pero es un poco truculento. Y para colmo dicen que es comunista, con el dineral que tiene su familia.

—Cada uno ve los toros desde el tendido de sol o del de sombra. Según pague.

Don Genaro asintió, le indicó al Amargo que se sentara en uno de los butacones y él mismo ocupó otro. Abrió un cajoncito de un mueble cercano y sacó una pitillera de plata. Le ofreció al Amargo un cigarrillo y ambos fumaron. Rubio americano. Demasiado suave para los gustos del Amargo, pero un símbolo de estatus en cualquier caso.

—Usted dirá en qué puedo servirle, don Genaro.

El médico tardó un instante en contestar. Exhaló una vaharada de humo y apagó al momento el cigarrillo. Quizás, precios aparte, tampoco le gustaba el tabaco rubio.

—He seguido tus pasos, Amargo.

—¿Como la muerte en el poema, don Genaro?

Sonrieron los dos.

—No tanto. Quiero decir que sé cómo te ha ido la vida desde el percance.

—Hay que comer. Y nadie quiere a un banderillero cojo.

—No cojeas.

—Pero no puedo saltar y correr si me persigue un toro.

—No es preciso correr ni saltar si eres matador y no banderillero.

—Sería un matador cobarde, don Genaro. Hay muchos diestros mejores que yo. Y ya tienen la carrera hecha.

—Siempre saldrán toreros nuevos.

—Que tengan suerte. No me ha dicho aún por qué me ha llamado, don Genaro.

—Estos tiempos difíciles... Es mi hija, Amargo. Mi Rocío. Creo que no la conoces.

—Me parece que no.

—Es difícil ser viudo, te lo aseguro. Pero aún más difícil es ser padre de una hija y tener que educarla tú solo.

Rocío... Rocío se ha criado montuna, por mi culpa. Muchos libros, mucho cinematógrafo, mucho teatro. Y desde que llegó esta República de locos, se ha vuelto imparable de puro independiente.

—He oído esa queja en muchas personas mayores, don Genaro. Pero hay quienes dicen que el mundo les pertenece a los jóvenes.

—Tonterías. El mundo le pertenece a la ambición. Es decir, al dinero. Y Rocío en eso sale a mí. Es ambiciosa.

—¿Y también le interesa el dinero?

—No. En eso sale a su madre. Siempre ha tenido el sueño de ser actriz, como ella. Ahí la ves posando en la foto, como si fuera una actriz de la UFA o de Hollywood. Supongo que de tanto mirar y mirar esa foto, y con el precedente de su tía, Rocío se llenó ella sola la cabeza de pajarritos.

—No entiendo, don Genaro. Hay profesiones difíciles. La mía fue una de ellas. Pero ser actriz... No creerá eso que dicen de que es una profesión de putas y maricas.

—No me importa qué tipo de profesión sea. Si la niña es buena, será capaz de imponerse a quienes quieran meterse en sus bragas. Es muy marimacho en ese aspecto, por más bonita que sea. No, no es eso lo que me preocupa.

—Explíquese usted, por favor.

—Hace año y pico que se fue a Madrid. Con mi consentimiento a medias. No me gusta cómo están las cosas en Sevilla, imagínate en la capital, con tanto lío de elecciones y partidos y gente peleando a tiros entre sí. Madrid es un polvorín. Me da miedo. No es sitio para que esté mi niña sola. Se fue a pasar el verano con su tía, la hermana

de Consuelo, la cantante, con quien tiene muy buena relación. Y no ha vuelto desde entonces.

—¿Quiere usted entonces que vaya a por ella?

—Hay más, espera. En Madrid, por mediación de mi cuñada, y porque ella es *sarapica*, Rocío ha entrado en contacto con compañías teatrales. Con la de García Lorca, precisamente.

—¿La Barraca?

—La Barraca, sí. ¿La conoces?

—He oído hablar de ellos.

—Y ahí la tienes, de meritoria. O sea, paloma fácil del blanco de cuanto donjuán de tres al cuarto la ponga en el punto de mira.

—¿Eso es conjetura suya, don Genaro, o está comprobado?

—Sé que hay un gallito que la ronda. Es decir, que la maneja. Un vivalavirgen, como hay tantos. Querrá aprovecharse de ella, si no lo ha hecho ya. Y, a través de ella, quién sabe si no irá tras el dinero. Este es el favor que te pido, Amargo. Ve a Madrid. Busca a mi hija. Mira a ver quién es ese gallito. Juzga tú mismo. Y haz dos cosas: la primera, convence a mi hija para que se deje de historias, que Madrid es un sitio peligroso y lo es por día que pasa, y desde la muerte de mi cuñada hace unos meses, estará sola. Y al donjuán ese, dile que la deje en paz.

—¿Y si no me hace caso?

—Lo dejo a tu decisión. Ya te he dicho antes que he seguido tus pasos.

La Garrocha

EN AQUELLAS TERTULIAS de Pino Montano donde el Amargo nunca intervenía, una estatua de bronce en una esquina del salón, una vez dijeron, quizá el propio maestro Sánchez Mejías, que la vida es viaje y el viaje es paciencia. No sabía entonces don Ignacio que su viaje tenía ya marcada la estación final, como la tenían tantos de aquellos poetas, como la tenía él mismo, aunque no lo supiera.

La paciencia del viaje, en efecto, es la paciencia de la vida. Lo que haya de venir vendrá solo, y hay que aceptarlo, incluso con un poso de rebeldía. Eso se aprende con el toro. Eso lo sabían aquellos muchachos de trajes arrugados y gominas en el pelo que se querían filósofos o poetas. Estar de paso por el mundo es beber sus aguas cuando las encuentras, aunque no tengas sed, aunque las aguas sean estancas.

El Amargo bajó del tren y al instante sintió la falta del sur. En la luz, en el calor, en el olor a hierro y humo, en la carencia de lirios y amapolas, en la prisa de los mozos y el trasiego de maletas. En Madrid la prisa, tan mala consejera siempre, se confundía con el miedo. También la República

de España tenía los días contados, pero no se sabía cuándo las mulillas aparecerían para sacarla a rastras de la plaza.

El Amargo siempre se había sentido extraño en la capital. Estuvo aquí aquel día de gloria, más joven de lo que todavía joven era, compartiendo vinos y abrazos y algún beso valiente de muchachas desconocidas. No entendía nada, pero la alegría es siempre contagiosa. Aquel martes de ilusiones nuevas todos se echaron a la calle, para participar en la fiesta que prometía ese futuro que había caído como del cielo. Cuatro años y pico más tarde se vivía en un tira y afloja donde, desde Asturias hasta Marruecos, ya no se confiaba en las palabras y hasta había quienes dejaban que hablaran por ellos las pistolas.

En Madrid no existe el horizonte, o al menos el Amargo era incapaz de captar aquí y entonces por dónde salía o se ponía el sol. Toda gran ciudad es una jaula que cambia continuamente la extensión de sus barrotes. Para navegarla hay que trazar un mapa interno, reducir su tamaño, convertirla en lo que fue y quizá todavía seguía siendo para tanta gente: un pueblo. Es la forma de domarla, de adaptarla a tu capacidad como tú te adaptas a ella. Reducirla, si puedes, a un par de páginas del mapa. Hacerte al recorrido de cinco plazas y diez calles, marcar los sitios por donde pasas para no perderte y buscarlos cada día y cada noche. Ser uno más entre los muchos, una sombra entre las otras sombras que circulan y tal vez, como tú mismo, rezan por no perderse en los vericuetos de los edificios y las iglesias que ya eran escombros.

Una camioneta de obreros lo recogió e hizo con ellos el trayecto. Eran hombres venidos de Extremadura y Anda-

lucía, casi todos, marcas de sol en las arrugas y manos duras como las manos de cualquier matador de toros. Reían y silbaban a las muchachas que apuraban el paso, se gastaban bromas y hasta amenazaban con arrojarse unos a otros a la cuneta. El Amargo, de natural silencioso, se sintió como en casa entre aquella cuadrilla de hombres feroces que le ofrecieron tabaco y vino. No fue capaz de rechazarlos, aunque el vino estaba agrio y el tabaco, mal liado, parecía cáñamo. Cuando el hombre que le dio fuego retiró el encendedor de yesca, el Amargo vio que llevaba un pañuelo rojo y negro al cuello y un revólver al cinto. Él siempre se había contentado con la navaja de cachas de plata.

El camión paró lo justo para que el Amargo bajara de un salto y se despidiera llevándose una mano a la sien, mientras los albañiles, pues albañiles eran, le deseaban salud, que era la despedida que había sustituido al adiós en la República. Cuando el petardeo del motor y el espectro del humo se perdieron en la distancia el Amargo alzó la cabeza y vio la mole inmensa de Las Ventas del Espíritu Santo, el sueño de Joselito el Gallo, la nueva plaza de toros de Madrid, inaugurada al poco de la llegada de la misma República y que esperaba al sol, brillante aún su ladrillo rojizo. El Amargo nunca había toreado en este ruedo, y ya no torearía nunca. Aquí había visto torear a Domingo Ortega en su mano a mano con Armillita Chico, entre el entusiasmo de sus seguidores y el pasmo de sus enemigos, porque un torero no es nada si no tiene enemigos que lo zahieran como se clavan los rejones en el lomo de la fiera; Domingo Ortega, a quien Sánchez Mejías sustituyó aquella tarde en que la guadaña fue de visita y no le importó a quién despedazara.

Recogió la maleta de cartón, donde apenas llevaba un par de mudas y unas camisas, y se internó en aquel barrio feo que había hecho suyo siempre que venía a la capital, un arrabal no muy distinto, todavía, a los otros muchos arrabales donde había vivido. Las calles estrechas podrían haber sido las calles de cualquier sitio, refugio de maleantes y de desarraigados, y de gente del toro que esperaba la oportunidad de saltar un día al ruedo o encontrar un padrino que los llevara de la mano a la gloria o al cementerio, tan cercano a la plaza. Un coche fúnebre se cruzó en el camino con otro similar que venía de vuelta. El Amargo, que no era poeta aunque cultivaba la amistad de poetas, no quiso interpretarlo como un signo de mal agüero ni como una metáfora, otra más, de lo que es la vida.

La Garrocha ya estaba allí antes que la plaza, pero como la miel a las moscas sus nuevos dueños supieron ver la oportunidad y adaptaron el nombre a los tiempos. Pasó de ser la Pensión Sevilla al reclamo actual, un recordatorio de la antigua profesión de Germán Páez de Coria del Río, Japonesillo, que un día colgó las picas y los castoreños y harto de ver morir caballos entre sus piernas dejó los toros y se afianzó en la venta de vinos y, casado con una posadera ya viuda, reconvirtió aquella fonda de mala suerte en esta otra pensión de mala fama. Japonesillo había muerto de un exceso de morcón y lomo en manteca, según contaba la leyenda, que había dejado fuera la ingesta de cariñena, pero aún vigilaba su negocio desde una foto coloreada, vestido de picador y aspecto serio, a tamaño natural, con la que recibía a los inquilinos desde detrás del mostrador de recepción, nada más entrar por la puerta, a la derecha. Acostumbrada

a la viudez y a llevar el negocio ella sola, no parecía que Asunción la Filipina lo necesitara ni lo echara mucho de menos.

En realidad la patrona no era filipina, sino gallega, de una aldea de Pontevedra que ni siquiera aparecía en los mapas: el apodo se lo debía a su primer esposo, con quien se casó cuando acababa de cumplir quince años, a toda prisa, porque a él lo enviaron a luchar a Manila y las junglas, de donde volvió con los pulmones destrozados y sin brillo en los ojos ni sonrisa: se murió de unas fiebres que se trajo en el pecho, al poco de trasladarse a Madrid con la esperanza de conseguir un apaño como héroe de guerra. Doña Asunción, mujer de armas tomar, salió adelante, como saldría adelante apenas dentro de unos meses, cuando en efecto tomara las armas contra el ejército faccioso. Después de treinta años en Madrid, no había perdido el acento.

—*Santa Virxe! Non pode ser!* ¡O vino a buscarme la Compañía o es el truhan del Amarguiño!

Nadie excepto doña Asunción llamaba al Amargo por su diminutivo en otro idioma. Pero la alegría de la mujer era genuina. Salió rápidamente de detrás del mostrador y lo envolvió en un abrazo que olía a puerro y a tabaco.

—Me dijeron que habías muerto. Que te mató un toro, como a tantos.

—No me mató, doña Asunción, pero me retiró de los ruedos. Casi pierdo una pierna, pero aquí estoy todavía. ¿Tiene usted una habitación para mí?

—No me hables de usted, *meu meniño*. En la República ya todo el mundo se trata de tú.

—Pues si tienes habitación.

—Para ti siempre la hay, aunque tuviera yo que dormir en la escalera. Sígueme, anda.

El Amargo siguió a la mujer hasta la primera planta, donde se oía a alguien roncar en una de las habitaciones. El cuarto al que doña Asunción le dio acceso era pequeño y ordenado, pero de todas formas la mujer abrió uno de los ventanucos para ventilarlo. Su disposición le era familiar, pero el Amargo no podía poner la mano en el fuego y asegurar que lo hubiera ocupado antes. Las pensiones tienen ese aspecto repetido en todas sus estancias, quizás para conseguir que los clientes de paso, viajeros o maletillas o simples obreros a la búsqueda de un jornal, no se sintieran demasiado alejados de casa. En la pared se notaba el rastro blanco del crucifijo que antes había colgado sobre la cabecera de la cama.

—Ahora te traigo una palangana y una jarra con agua, *meníño*. Y una pastilla de jabón, claro, que hueles a humo. Malditos trenes.

—Gracias, doña... Gracias, Asunción.

—Lo que no podré mandarte es a ninguna chica. Han volado todas. Se han hecho independientes, manda *carallu*, todas de parte de la Campoamor esa. No todo iba a ser bueno en la República.

—Es igual, tampoco tengo yo el cuerpo ahora para muchos trotes.

—No mientas, *rapaciño*, que sé muy bien cómo sois los hombres. Venga, cuando te asees y descanses baja a cenar algo, que estás más *fraco* que un *arame*. Hoy hice estofado de patatas.

Adjunta a la pensión había una tasca que servía de restaurante para los inquilinos y de lugar de paso y tertulia

para los obreros que iban o venían de sus turnos de trabajo, todavía adecentando los accesos a la plaza de toros y empedrando las calles cuando estaban en el tajo y arreglando el mundo delante de una botella de vino que pagaban a escote antes de subir a sus cuartos o remolonear de vuelta a casa. El Amargo se sentó en el sitio de costumbre, consciente de que doña Asunción se lo había reservado: al lado de la guitarra que solo conservaba cuatro cuerdas, de espaldas a la pared, alejado de la puerta, desde donde podía ver claramente quién entraba y quién salía y podía prepararse si alguien o algo venía a buscarlo.

El estofado estaba sabroso, más patata que carne, pero qué más daba. El vino, apetecible. El chusco de pan algo duro. Atendía la mesa una morita que hacía como que no entendía la lengua, pero apresuraba el paso cuando pasaba con los platos entre las mesas y agachaba la cabeza cuando alguno de los parroquianos le lanzaba un piropo deslenguado.

El Amargo observó a los comensales. Gente de barrio, como siempre. Un par de muchachitos que, como él quiso en tiempos, querían ahora ser figuras del toreo: se les notaba el dibujo de la muerte en lo verde de los rostros y lo febril de la mirada, pero ninguno sospechaba entonces, recién comenzado el verano, que cuando besaran para siempre la tierra no lo harían en una plaza. Había también hombres de gorra calada y chaquetas raídas de pana que, igual que el Amargo, controlaban la puerta y traicionaban levemente el movimiento de la mano cuando no conocían a quien entraba, y se tocaban entonces el cinturón con disimulo.

El Amargo contó cinco pistolas. Eran gente, pues, acostumbrada a resolver los problemas por sí mismos. Como

hizo él en el pasado y tenía que hacer también ahora. Había venido a Madrid a eso. Es fácil matar a un hombre.

Lo difícil es olvidarlo.